

La diva Aurora

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y UN CUADRO

ORIGINAL

DE

D.ª AGAPIA MARTINEZ

Y

D.ª MARIA POSCOWINK



VALENCIA
Imprenta de Soto
Pí y Margall. 18

LA DIVA AURORA

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y UN CUADRO

ORIGINAL

DE

D.ª Agapia Martinez

Y

María Poscowink



Soto, impresor

PERSONAJES

Aurora.
Doña Soledad.
Coral.
Carmelita.
Elisa.
Una camarera.
Cecilia.
Ernestita (niña).
Florencio.
Melitón.
Sr. Jacobo.
Florencio (hijo).
Don Carlos.
Marqués de Torre-alta



ACTO PRIMERO

La escena representa una modesta habitación en un cuarto piso de una calle de Madrid. Al levantarse el telón aparece D.ª Soledad terminando unos bonetes, y á su lado, haciendo como que cose, distraída, Aurora su hija, entablándose entre ambas el siguiente diálogo.

ESCENA PRIMERA

Doña Soledad y Aurora

D.ª Sole. Pero, hija, parece mentira que sabiendo nuestra situación, no tomes con más empeño el trabajo, y sólo pienses en bailoteos y cancionetas, tan impropias de la educación que quiero darte...

Aurora. Mamaita, si este oficio no me gusta, y además ya lo ves; tanto que usted trabaja y no se saca lo necesario ni aun para mal comer.

D.ª Sole. Si tu ayudaras algo más sacaríamos; pero eres tan holgazana... y luego la amistad de las paisanitas del principal te han trastornado la cabeza por completo. Por la mañana baile, por la tarde cante y por la noche el disloque, porque no me cabe duda que estáis dislocadas. ¿Crees que ese camino conduce á la mujer á nada bueno?

Aurora. Levantándose Mamá, ¿usted cree que mejor que ser artista es hacer bonetes y andar por las sacristías?

D.ª Sole. Levantándose Si no fuera porque tengo que ir á entregar ahora mismo estos bonetes, no se que hacía contigo, porque eres indoma-

ble, terrible... ¡Algún día te acordarás de los consejos de tu madre! Ea, prepara las cajas y pasa el cepillo á los bonetes, y para cuando yo vuelva tendrás terminado este solideo, que es para el P. Casimiro. Coloca bien la borla; no la sobes demasiado, y no te encargo más. Me voy.

ESCENA II

Aurora sola

Aurora. ¡Ay!, respiro. Siempre con la misma cantata... ¡Pero si á mí no me gusta este oficio!... ¡Si yo quiero ser artista! Sentándose á coser Colocaré la borla al solideo del P. Casimiro. Pues si el P. Casi... miro mirase quien le pone la borla á su solideo. . ¡Ay!, P. Casimiro..., casi *ná*. A ver como me sienta á mí. Mirándose al espejo. ¿Qué oigo? Acercándose á la puerta. El piano de Carmelita. Toca las sevillanas. ¿Dónde están mis palillos? Ven acá, quita penitas. Por mi madre ya hubiera yo olvidado mi baile favorito; y á fe que no bailo yo bien las seguidillas. Se pone en actitud de bailar.

ESCENA III

Aurora y el señor Jacobo entrando con un saco de libros

Sr. Jacob. ¿Ya estás con él baile? No valiera más que te entretuvieses con un buen libro? ¡Yo siempre recomendándote lo mismo, y tú siempre con el jolgorio!...

Aurora. Pero tío, ¡si yo quiero ser artista!

Sr. Jacob. ¡Niña, cuando tendrás juicio! Vas á cumplir dieciséis años y es hora de que manifiestes alguna formalidad.

Aurora. Lo menos me lo han dicho hoy cuarenta veces. *Acercándose al saco de los libros.* ¿Qué libros traes?

Sr. Jacob. Ve mirándolos. *Aurora se sienta en el suelo y va sacando los libros.*

Aurora. *Ojeándolos.* «El judío errante». Ya lo he leído; qué bonito es. «Las mil y una noche». Qué ganas tenía de leerlo; ya tengo entretenimiento.

Sr. Jacob. Déjate de cuentos, otras cosas más instructivas has de leer.

Aurora. «Dios en la Naturaleza», de Flammarión. Este ès el que voy á leer.

Sr. Jacob. Aun sacarás otro que has de leer antes que ese.

Aurora. «El libro de los espíritus», por Allán Kardec.

Sr. Jacob. Ese, ese es el que tienes que leer. y no sólo leerlo, sino aprenderlo de memoria.

Aurora. ¿Tan bueno es este libro?

Sr. Jacob. Como que sus doctrinas son las que dan la pauta de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que debemos ser, según el grado de adelanto y de progreso que tengamos cada uno de los seres que componemos el Universo.

Aurora. *Mirándole con extrañeza* ¡Ay tío! Como has leído tanto una de dos, ó eres un sabio ó estás *guillao.*

Sr. Jacob. ¡Loco... loco!... Eso dice tu madre y todas las personas timoratas y rutinarias como ella. Habrá salido de buena mañana y quizá sin desayunar...

Aurora. Como que no había azúcar para tomar el café ni dinero para comprarla.

Sr. Jacob. *Malhumorado.* Ya andará de sacristía en sacristía, y de iglesia en iglesia, oyendo misas y escuchando sermones... esperando que acabe de confesar el P. fulano y el fraile zutano, y al fin se vendrá sin vender un bonete. *Tose convulsivamente. Aurora corre hacia adentro y vuelve con un vaso de leche.*

Aurora. *Con cariño.* Tómala, tío, aunque sea sin azúcar.

Sr. Jacob. ¡Pobrecita, eres un ángel! Es verdad que tu madre, la pobre ha venido al mundo con un misión bien triste que cumplir... Si hubiera escuchado cuando yo le leía esos libros... esos libros inspirados por los seres superiores de ultratumba... su luz bendita la hubieran sacado de la obscuridad en que vive... Tose y sigue. y mitigado el recuerdo de las tristezas pasadas, pues tu padre, santurrón libertino. ., la destrozó el corazón y os sumió en la miseria. Gracias á que yo, con mis pobres ahorros remedié en parte vuestra angustiosa situación...

Aurora. Tío, déjate de cosas tristes; vamos á recojer los libros y á terminar un solideo que me ha encargado mi madre.

Sr. Jacob. Vamos. pues. Recogen los libros y el Sr. Jacobo se dirige con ellos á su habitación. Llaman á la puerta.

ESCENA IV

Aurora y Florencio, seminarista

Florencio. Desde la puerta. Buenos días, joven. Aquí vive doña Soledad, ¿una señora que hace bonetes?

Aurora. Sí, señor. ¿Qué deseaba usted?

Florencio. Venía de parte del P. Doroteo á ver si tenía bonetes del número 5, y caso de no tener hechos si podría hacerlos.

Aurora. No está mi mamá; creo no tarde mucho en venir; si no tiene prisa puede pasar y esperarla.

Florencio. Pasando. Esperaré un rato.

Aurora. Ofreciéndole una silla y sentándose también. Con permiso de usted seguiré trabajando.

Florencio. Usted lo tiene.

Aurora. Estoy terminando de poner la borla á un solideo del P. Casimiro... Ya está terminado. ¿Le gusta á usted?

Florencio. Mucho que me gusta. Veo que para ser tan joven trabaja bien en el oficio.

Aurora. Pues no me gusta nada; yo tengo otras aspiraciones.

Florencio. Mirándola de soslayo y diciendo por lo bajo. ¿Qué aspiraciones serán las de esta chica tan linda? ¿Querrá ser monja? Dirigiéndose á Aurora. Pues es un oficio bonito; hacer bonetes, solideos, gorras...

Aurora. Resueltamente. Si fuera hacer gorritos ... pero ni una cosa ni otra. A mí me atrae el arte. ¡Ser artista es mi sueño!...

Florencio. ¿Piensa usted dedicarse á las tablas?

Aurora. Es mi delirio. ¿Y usted piensa dedicarse á la Iglesia?

Florencio. Es mi vocación.

Aurora. ¡Lastima de chico!... Aparte.

Florencio. ¡Lástima de chica!... Pausa breve. ¿Vive usted sola con su madre?

Aurora. Y un tío anciano que se dedica á la compra y venta de libros usados.

Florencio. ¿De qué punto de Andalucía son ustedes?

Aurora. Mi mamá y mi tío de Cádiz, y yo de Sevilla para servir á Dios y á usted.

Florencio. Muchas gracias. Por su gracia había yo adivinado de la tierra que usted era.

Aurora. ¿Y usted es de Madrid?

Florencio. Soy de la provincia; mis padres están en el pueblo sacrificándose porque yo termine la carrera; para que luego sea el amparo de su vejez. Su madre tarda y yo tengo que hacer otras diligencias. Con el permiso de usted me retiro y volveré más tarde.

Aurora. Viéndole salir. Vaya si es guapo el tal seminarista. Tiene unos ojos... ¡Lástima que le dé por ser cura! ¡Ay! me llaman; será que ha venido á casa de mis amigas el profesor de baile, y estarán ensayando. ¿Y si vuelve el seminarista mientras tanto? Le diré al tío que me avise, porque me gusta tanto hablar con él .. ¡Me miraba de un modo!... El creía que yo no lo notaba. ¡Qué capricho querer ser cura!... ¡Qué tonta soy! ¿No es dueño cada uno de dedicarse á lo que le dé la gana? Yo también siento mi vocación de artista. ¿No será más práctico que me lla-

men bella Fany, que no Aurora la *Bonetera*? Porque como me llamo Estefany de apellido, sienta bien para tomarlo por nombre de batalla. Así como mi vecina la coupletista, que por llamarse Coral le dicen «La bella Coralina» y su hermanita, que por llamarse Diana de apellido le adoptará, y será de ver, si algún día brillamos por los escenarios... con nombres tan sugestivos: Coralina, Diana y Fanny. Vaya un terceto. ¡Ah! El día que yo tenga libertad para extender mis alas por el espacio de mis ilusiones... ¡Ea, me voy! Llamando á su tío. Tío Jacobo, si llama alguien estoy con las chicas del principal.

ESCENA V

Señor Jacobo y Aurora

Sr. Jacob. No tardes mucho que son las once, y yo también tengo que salir á llevar unos libros, y tu madre sabe Dios cuando vendrá, y á qué hora comeremos sino hace venta y sin dinero...

Aurora. Se va saltando y cantando. «A la limón, no tenemos dinero.»

Sr. Jacob. ¡Qué feliz se siente con sus dieciséis abriles!... A veces tengo deseos de despertarla de sus sueños de inocencia... de presentar ante sus ojos la realidad de la vida... y no me atrevo. Cuanto más tarde mejor. El dedo del destino ya fijará la hora en que ese sueño haya de terminar. ¡Pobre niña de alma angelical! ¡De corazón ardiente y viva fantasía!... ¡Qué tendrá el mundo guardado para tí! No importa: yo te guiaré con mis consejos, y desde arriba, los invisibles, velarán porque tu alma cumpla la misión que haya traído á este mundo de miserias y dolores. Llaman á la puerta.

ESCENA VI

Sr. Jacobo, Florencio y Melitón, también seminarista

Florencio. Buenos días. ¿Ha vuelto ya la señora bonetera?

Sr. Jacob. No, y me extraña que tarde tanto; pasen, pasen y tomen asiento, que ya no debe tardar. De paso que llevo estos libros á una casa, le diré á la chica que suba, que la han llamado sus amigas las bailarinas del principal. Conque hasta luego.

Florencio. Que usted lo pase bien.

Melitón. Que usted lo pase bien.

ESCENA VII

Florencio y Melitón, con marcado acento aragonés

Melitón. ¿Este viejo es padre de esa chica tan majica que dices?

Florencio. No, es tío.

Melitón. ¿Conque es tan guapa, eh?

Florencio. Es una preciosidad; una andalucita capaz de trastornar á un santo.

Melitón. ¡Qué lástima que vayamos para curas, chico. Ya me lo decía mi tío Sabas: tú serás cura cuando vuelvas á nacer. Cuando se juntaban mi tía Genara y él hacían reir á todo el pueblo, porque mi tía decía que los curas. el peor, era un santo, y mi tio que no eran curas, que eran enfermedades.

Florencio. Mira que eres bruto, Melitón, ¡qué cosas hablas; lo que es si no te *ordenas*, no sé como te van á ordenar.

Melitón. De aquí á que me ordene, ¡cuánta agua bajará por el Ebro! Ya ves, tres años llevo en el Seminario y aún no he podido aprender el latín. Pero lo que á mí me parece es que

desde que has visto á esa chica estás pensativo.

Florencio. Melitón, siento decidida vocación por la iglesia, y nada ni nadie creo que podrá variar mis decisiones de sacerdocio. ¿Hay cosa más grande en la tierra que ser padre de almas y revestirse de esa sublime dignidad?

Melitón. Si te revistes de dignidad y no la sientes, como si no hubieras dicho nada. Yo si te he de decir verdad, no tengo más vocación que la de la boca, y si hay chicas por medio se acabó el carbón, digo, la vocación. Como hablando consigo mismo. Si en vez de hacer caso de mi tía Genara que se empeñó en que tenía que ser cura, me hubiera ido á tirar de un carro, cara al sol, cantando jotas, echando requiebros á las chicas, casarme, ser padre y...

Florencio. Calla, Melitón, que vienen Las chicas entrando.

ESCENA VIII

Dichos, Aurora y Carmela, joven de catorce años, amiga de Aurora y aspirante á coupletista. Al final Coralina.

Carmela. Saltando y riendo. Buenos días.

Florencio. Tengo el gusto de presentar á ustedes á mi amigo Melitón...

Melitón. Muérdago y Ruidrejo, para lo que gusten mandar, que todo lo haré con mucho gusto.

Aurora. Muchas gracias.

Florencio. ¿Tardará mucho su mamá?

Aurora. Creo que no, cuando no ha venido ya habrá tenido que ir al convento de las ursulinas, y como son tan preguntonas...

Florencio. Después de hechos los encargos no tenemos prisa.

Melitón. No, no, no tenemos prisa.

Florencio. A más de los bonetes nos han encargado si tiene dos cíngulos y dos manípulos.

Aurora. Creo que sí, porque el otro día le trajeron una caja.

Carmela. Con marcado acento andaluz. ¿Con que ustedes están estudiado para cura, eh?

Meliton. Eso parece, allá veremos... Florencio con disimulo pisa el pie á Melitón para que mire lo que habla. ¿Y ustedes bailarinas?

Florencio. No preguntes esas cosas Melitón, que nada te importan.

Carmela. Dirigiéndose á Melitón. ¡Y qué nombre tan raro tiene usted! En Sevilla una amiguita mía tenía un asistente que se llamaba Melitón, y nosotras jugando al corro le cantábamos: Melitón, Melitón, Melitón, ha hecho una casa nueva; Melitón, Melitón, Melitón, con ventanas y un balcón.

Melitón. Levantándose. Pues cántenme también á mí.

Aurora y Carmelita rodean á Melitón. cantándole.

Florencio. Siéntate, Melitón, y ten más formalidad.

Aurora. Déjelo que se divierta, pobre chico.

Carmela. ¿En el Seminario no bailan ustedes?

Florencio. En el Seminario, señorita, no se hace más que aprender el camino que se ha de enseñar á los que sus obras les han conducido al pecado y á la desesperación, y apartarlos del abismo del infierno para que, siguiendo la senda de la virtud. entren triunfantes sus almas, puras y limpias, en el reino de los cielos...

Melitón. Santiguándose. Que á todos os deseo. Amén.

Aurora. Mi tío dice que no hay infierno, que eso lo han inventado la gente de iglesia para sacar el dinero á los tontos para misas.

Florencio. ¿Su tío dice eso, Aurora?

Carmela. Sí, un tío, que está más loco que una cesta de gatos.

Melitón. Dejémonos de infiernos y de purgatorios, que ahora estamos en el cielo. Yo tendría mucho gusto en ver bailar á ustedes unas sevillanas. porque dicen que quien no ha visto á Sevilla no ha visto maravilla.

Aurora. Dirigiéndose á Florencio. ¿A usted le gusta ver bailar las seguidillas?

Florencio. Muy bajo para que no se entere más que Aurora. A mí

lo que me gustaría es que usted fuera una virgen y que la pusieran en un altar, para yo ponerme bajo la advocación de aquella virgen y contarle mis penitas...

Aurora. Y yo quisiera que usted fuera un santo para ser su devota.

Melitón. Cuando yo digo que te quiero.. es porque te adoro

Coralina. Desde dentro, llamando á la puerta. ¡Pero niña, no oyes que estoy llamando.

ESCENA IX

Dichos y la «Bella Coralina», hermana de Carmelita, coupletista famosa de 25 años

Coralina. Haciendo una reverencia. ¿No oyes que te estoy llamando, que es la una, tenemos que comer y á las tres hay que ir al ensayo?

Melitón. Al ver á Coral se santigua. Florencio, esto nos faltaba; un ochavo *pa* el real...

Carmela. Espérate un poco Coralina, que estos jóvenes no han visto bailar las seguidillas...

Melitón. A mi pueblo fueron unos cómicos que bailaban un baile que decía: «Siempre *patrás*, tú lo verás. Florencio tira de la americana á Melitón. y las chicas sueltan una carcajaca.

Aurora: Eso es el tango del cangrejo.

Carmela. A ver si le gustan más las sevillanas. Carmelita y Aurora se ponen á cantar y bailar.

¡Ay! Llévame á Sevilla
cariño,
porque no quiero.
vivir entristecida.
cariño.
¡Olé, salero!

ESCENA V

Dichos y D.ª *Soledad*

D.. Sole. ¿Qué es esto? ¿Qué jaleo es éste?

Coralina. Subí á llamar á mi hermanita, y para entretener á estos jóvenes que esperaban á usted, bailaban las chicas. Conque hasta luego. Ss van Coral y Carmelita.

Aurora. Mamaíta, estos jóvenes son seminaristas, y hace un rato que la están esperando, porque quieren...

Florencio. Cuatro bonetes del número 5.

Melitón. Y dos cíngulos...

Aurora. Y dos manípulos.

D.ª Sole. Para manipularte á tí. Dirigiéndose á los jóvenes. Esta tarde pasaré por el Seminario y llevaré lo que piden.

Melitón. Mirando á Florencio. Mala cara trae la vieja.

Florencio. Mirando á Aurora. Dios nos coja confesados.

Se despiden y se van.

ESCENA XI

Doña Soledad y Aurora

D.ª Sole. No me faltaba más que ver, bailando ante esos jóvenes. ¡Qué espectáculo! Mira, se ha acabado la amistad con esas cantantes. Desde hoy ni tú bajarás á su casa, ni ellas han de poner los pies aquí. ¿Lo entiendes?

Aurora. ¿Y por qué?

D.ª Sole. Porque te están pervirtiendo, porque por ese camino no se dónde irás á parar. Mañana hablaré con las señoras de la Conferencia, y como te puedan meter en el convento, allí vas de cabeza.

Aurora. En voz baja. Me lo han dicho tantas veces...

D.ª Sole. ¡Desgraciada criatura!...

Aurora. Canturreando. Desgraciada criatura...

D.ª Sole. ¡¡Aurora!!...

Aurora. Si es que estoy recitando la fábula del caracol.

D.ª Sole. Calle usted ya y póngase á trabajar. Aurora se sienta y toma una labor. ¡Ay! ¡Santa Rita!...

Aurora. Cantando. Santa Rita, Santa Rita... cada una de nosotras, necesita, necesita...

D.ª Sole. *Presa de una congoja, dejándose caer en una silla.* ¡Dios mío!... Esto es superior á mis fuerzas... Fuí una víctima del padre, y ahora lo seré de la hija... ¡Ay! ¡Ay!

Aurora. ¡Qué es esto mamá, qué le pasa!...

D.ª Sole. ¡Me ahogo!... ¡Me muero!...

Aurora. ¡Ay, mamá de mi alma, yo seré buena, ya no le daré más disgustos!... ¡Se lo juro por la memoria de mi padre!...

D.ª Sole. ¡Ay! *Aurora le da agua.*

Aurora. ¿Se le pasa?

D.ª Sole. ¡Aurora! ¡Aurora!... ¡Me matas!...

Aurora. No, no volverá á pasar más. Yo seré todo lo buena que usted quiera. Se acabó, no seré artista, seré boñetera. Y sin embargo, mamá de mi alma... mis grandes ambiciones eran por darle una vejez feliz, créamelo. Si fuera hombre hubiese pensado en otra profesión, porque para los hombres hay ancho campo en el mundo, pero como mujer no veía otra cosa en qué yo poder ganar dinero, mucho dinero, para traérselo á esta casita... digo, no, á esta casa no, porque yo le mandaría construir un palacio con terrazas y jardines, para que esos pulmones, asfixiados por el tufo de las sacristías, pudieran respirar ambiente libre y perfumado... y en ese palacio, rodeada de todas las comodidades de la vida... criados, muchos criados que la sirviesen, y una despensa bien provista de todo lo bueno, para que ese estómago desfallecido se viera bien satisfecho; carruajes con blandos almohadones, en donde paseara mucho y sin cansarse, y con un bolso lleno de dinero para que pudiese dar limosnas á todos los pobres que encontrase en su camino. Si, yo quisiera para usted, algo como un trono en donde sentarla, para que todos la vieran contenta y feliz. . Y acercarme yo á ese trono cargada de laureles, para coronar con ellos esta blanca y adorada cabeza... *Besándola apasionadamente.*

D.ª Sole. ¡Loca, más que loca, calla! Entre los libros

y las amiguitas te han trastornado por completo esa cabecilla de pájaro. Si yo se que eres buena, hijita mía; pero has de hacer por enmendarte y dar al olvido esas quimeras, porque mira, Aurora... yo estoy muy enferma, lo siento aquí. *Señalando al corazón.* He sufrido mucho entre trabajos, disgustos y miserias... estoy medio muerta, lo conozco; así que por Dios, niñita mía... ¡prométeme que serás juiciosa!... Yo no tengo ambiciones... me basta con tenerte á mi lado siempre humilde, cariñosa y honrada. Los pobres no podemos tener ambiciones... únicamente resignación. ¡Hazlo por mí, vida mía!

Aurora. *Conmovida.* Sí, lo haré, mas siento algo como si me arrancasen las alas del corazón... Pero sí lo haré. Daré un adiós á mis bellas ilusiones... á mis sueños de color de rosa... Desde hoy no pensaré más que en vivir para usted... ¡en ser el cirineo de su pesada cruz de dolores y miserias!... ¡Viviré solo para usted, para usted, madre del alma!... *Abrazándola.*

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Aurora, vestida de negro, aparece sentada leyendo, muy abatida y enjugándose las lágrimas.

ESCENA PRIMERA

Aurora y el Sr. Jacobo

Aurora. ¡Cuánto consuela la lectura de este libro!...

Sr. Jacob. Acercándose a ella con cariño. ¿Ahora lo comprendes, verdad? Ahora que tu alma se siente herida por el mayor de los infortunios, conoces, pobre niña, el valor de cuanto encierran sus páginas...

Aurora. Sí, tío, ahora que mi corazón desfallece de dolor, es cuando acierto á vislumbrar algo de la gran verdad que sus enseñanzas contiene... Yo no tengo el talento ni la ilustración necesaria para discutir, sobre todo lo que aquí dice; mas ¡ay!, querido tío, mi alma angustiada se resuelve á creer. ¡No, yo no puedo pensar en que la muerte ha separado á mi madre de mi lado!... En que en esta casa reina el vacío de su amor, desde que cerró los ojos á la vida del mundo... ¡Oh, no! El cariño de una madre tan grande, tan inmenso, ¿se ha de evaporar como si fuese humo? ¡Imposible! Su envoltura estará bajo tierra, pero su alma, el alma de mi madre, debe de estar flotando en torno mío; ella me ve, me oye... ¿No es verdad, tío Jacobo?

Sr. Jacob. Sí, hija mía... te ve, te oye y te consuela con los benéficos fluidos conque te rodea á manera de cariñoso abrazo...

Aurora. ¡Cuánto bien me hacen tus palabras! Ellas me han sostenido en este amargo trance y me dan la resignación necesaria para soportar mi desgracia. Háblame, háblame mucho sobre estas creencias querido tio; quiero también profesarlas de corazón. Me has dicho que mi madre vino á la tierra á cumplir una misión que apenas había tenido alegrías durante su existencia de mujer, y que ya era hora de que su espíritu rompiese las trabas de la materia, recobrase su libertad y gozase de la dicha de otras regiones de luz y paz... ¿No es eso?

Sr. Jacob. Sí, querida, niña, sí; por eso no debes turbar la ventura que hoy alcanza, con tus lloros y lamentaciones.

Aurora. También los devotos de la religión católica hablan de otra vida de bienaventuranza. ¿Por qué entonces combaten las doctrinas espiritistas y anatematizan á sus adeptos, diciéndo que tienen pacto con el demonio?

Sr. Jacob. La religión católica como la evangélica, y todas las demás iglesias, combaten el espiritismo porque temen perder la influencia que por medio de sus fieles ejercen en la Sociedad; desde luego, sus ministros, si son personas cultas é inteligentes, comprenden que en las doctrinas espíritas no hay nada contrario á los preceptos evangélicos. Amar á nuestros semejantes como á nosotros mismos y aspirar á la mayor perfección espiritual; es el primer fundamento de todas las religiones, y ese es también el del espiritismo, que está llamado á ser la religión del porvenir.

Aurora. Tío... ¿es verdad que los espiritistas comunican con los muertos? Eso es lo que no se cómo creer.

Sr. Jacob. Es verdad, Aurora. Mas esa comunicación que te sorprende, ¿no es acaso tan antigua como el mundo? Desde los tiempos prehis-

tóricos hasta nuestros días, lo mismo entre los pueblos salvajes que entre los civilizados viene existiendo esa comunicación del hombre con el mundo invisible. La misma Iglesia católica admite en las vidas de sus santos la comunicación de los seres de ultratumba.

Aurora. ¡Si yo pudiera hablar con mi madre!...

Sr. Jacob. No, hija; no es conveniente turbar con llamamientos la paz del alma que escaló las alturas... De ahí viene mucho descrédito para el espiritismo, por dar pie con ello á miles de engaños... No, Aurora, no; si hay en tí esa mediumidad necesaria para ponerte en relación con la que fué tu madre, cuando menos lo esperes sentirás su presencia... ¡Tal vez oigas su voz!... Pudiera ser que aun la vieras con su forma material, ó solamente recibas la inspiración de ella! No, no violentes las fuerzas del misterio... ¡Somos aún tan débiles para sondear su profundidad!...

Aurora. Tío, ¡cuántas veces me he burlado de tí creyéndote efectivamente loco! Perdóname.

Sr. Jacob. No precisas mi perdón, siempre pasa igual; cuando no se comprende una cosa se le llama locura. ¡Así es el vulgo! Y sin embargo, ese vulgo aplaude frenético la inspiración del genio, sin darse cuenta de que esa inspiración viene con el raudal de luz que baja de las alturas, raudal en que han bebido Flammarión, Víctor Hugo, Zorrilla, Castelar...

Aurora. ¿También espiritistas?

Sr. Jacob. Sí, hija; tan convencidos como yo...

Aurora. Han llamado; me parece que es Coral. *Va á abrir.* Una carta. ¡Ah; de las señoras! *Lee.* «Aun no hemos podido encontrar trabajo para V. pero no se aflija hija mía, tal vez esta contrariedad sea que Dios la llame por otro camino. Piense en lo que le hemos hablado sobre el convento, y si se decide, venga á vernos, que nosotros allanaremos todas las dificultades que pudieran surgir.» *Arrugando*

la carta entre las manos. Ya ves con qué protección me brindan las señoras *cucarachas*. Se han empeñado en que sea monja. Ya están bien. Pero qué estúpidas deben ser esas señoras.

Sr. Jacob. Aurora, menos ira y más humildad; hay que aprender á ser tolerantes.

Aurora. Me da una rabia con ellas. Cuando la enfermedad de mi madre acudí á su casa en busca de auxilios y protección y me contestaron que la llevase al hospital, que para eso estaban esas benéficas instituciones. Vinieron á visitarla; mas ¿para qué? Para cuidar no muriese sin los auxilios espirituales. Ya difunta volví á verlas, suplicándolas me ayudasen para los gastos del entierro, y también contestaron en términos parecidos. ¡Ay, qué diferencia entre estas señoras y mi buena amiga Coral!... ¿No es cierto, querido tío, que Coral tiene un corazón de oro?

Sr. Jacob. Si que tiene esa mujer un alma muy hermosa.

Aurora. Mi pobre madre no la quería; me prohibió su amistad, y sin ella, ¿qué hubiese sido de nosotros en esos días?

Sr. Jacob. Tienes razón.

Aurora. Coral cuando me vió tan apurada me dijo: «No llores ni te aflijas. Mientras yo tenga un duro ó una joya que empeñar, tu madre no irá al hospital.» Y así fué, ella lo ha costeado todo... enfermedad, entierro... ¡Cómo podré pagarle cuanto le debo! Llaman. Ahora sí que es ella... la oigo. Va á abrir corriendo.

ESCENA II

Dichos y Coral

Coralina. Buenos días tengan ustedes.

Sr. Jacob. Muy buenos, Coral.

Coralina. Y tú Aurora, ¿cómo te encuentras hoy? Pa-

rece que estás pensativa y algo incomodada. ¿Qué ocurre?, si es que puedo saberlo.

Aurora. Yo no tengo secretos para tí. Pienso, pienso en mi situación, que por más que busco no encuentro trabajo.

Coralina. ¿Y esas señoras que prometían protegerte tanto?

Aurora. Esas señoras salen siempre por peteneras; ahora acabo de recibir carta de ellas, que es la que me ha puesto de tan mal humor; aquí está, me hablan otra vez del convento.

Le da á Coral la carta que ésta lee.

Coralina. *Riendo.* Já, já, já; monjita tú.

Aurora. *Riendo también.* Ya ves qué vocación la mía.

Coralina. Si el mundo lo dejaran en manos de esas señoras, seguramente lo convertirían en un inmenso convento.

Sr. Jacob. ¡Cuánto fanatismo!

Coralina. ¿A que el Sr. Jacobo no te aconseja el monjío?

Sr. Jacob. No, hija, nunca: Nuestra misión en la tierra es otra; hay que emplear las fuerzas del espíritu en la gran lucha con que el mundo brinda. Soy enemigo de la vida monástica. El alma religiosa puede estar constantemente en comunicación con Dios, sin necesidad de sepultarse en esas tristes prisiones en donde quedan atrofiados todos los sentimientos altruistas, que son la base del progreso moral que Dios nos exige. Yo, tan humilde, tan tolerante, tomaría gustoso entre mis temblonas manos la piqueta revolucionaria para derribar esas grandes moles llamadas conventos, que tanta sombra dejan caer sobre nuestra sociedad, y á la monja y al fraile les diría: Dios manda no ser egoístas. ¡Venid, venid á ayudarnos á todos los que luchamos en plena luz, para redimir al mundo de la esclavitud, del pecado y del dolor!... Ya ves, ya ves como iba á consentir que te sepultases en un claustro.

Coralina. Muy bien, señor Jacobo, da gusto oirle.

Aurora. ¡Ya lo sabía, querido tío!... *El Sr. Jacobo se sienta mientras que Aurora y Coral hablan.*

Coralina. Pero niña, no comprendo esos escrúpulos que ahora muestras, cuando tan decidida estabas antes á tomar la carrera de artista. ¿Qué te ha pasado?

Aurora. Mi pobre madre demostraba tal adversión á esa carrera. que me parece que su alma ha de sentir pena si yo tomo por tal camino.

Coralina. Mira, Aurora. tengo 25 años; á esta edad. con el mundo que he corrido y la vida que llevo, se pueden dar consejos á una niña como tú. Eres huérfana, pobre y bonita; quiero decir, que no tienes familia que cuide de tí y te ampare con su cariño; que no tienes medios de defenderte de los peligros del hambre, y que tu belleza te expondrá á una lucha cruel con el vicio y la maldad. No tomes el camino del teatro... ¿Y qué? ¿Podrás luchar valientemente con la miseria con las malas artes de las *Celestinas* y seductores de oficio, siempre en acecho de la miseria pobre? ¿No caerás un día y rodarás por la pendiente horrible, hasta hundirte en el cenagoso fondo? Hoy te falta trabajo; con lo que gana tu anciano tío no podéis vivir. ¿Qué vas á hacer, pues?

Aurora. Llora acongojadamente. ¡Qué situación la mía, Dios mío!

Coralina. ¡Ay, hija, como la tuya hay tantas!... Y eso no lo ve el mundo, cuando más tarde nos encuentra viviendo como se puede. Yo he llorado también mucho en otra época, porque me dolían los desprecios de la gente. Hoy me río de todo; me han contratado para París; era lo único que me faltaba para hacer algún capital. Aun puedo rodar por las tablas diez años más y me redondeo. En ese tiempo pienso casar á mi hermanita; casarla bien, porque yo velo mucho por mi Carmela; quiero que sea una honrada madre de familia, ya que yo no he podido serlo.

Aurora. ¡Cuán buenísima eres, Coral!

Coralina. Aun me queda aquí una poca de bondad. Señalando al corazón y esa será para tí, si quie-

res aprovecharla. Oye bien mis proposiciones. En vez de una hermana tendré dos... Te vienes conmigo, te costearé los estudios; tienes preciosa voz, aprenderás música y serás una buena tiple. ¿Qué contestas?

Aurora. ¿Y mi pobre tío?

Coralina. En todo pensaremos, mujer. No tengo yo aquí mi casa, pues será el administrador de ella. Hay todavía muy poco que administrar... barrer, quitar el polvo y aguardar á que volvamos. Me llevo á mi doncella Mariquita, y así mi casa no quedará sola. Además le pasaremos á tu tío una modesta mensualidad para que pueda comer. ¿Qué te parece?

Aurora. Me seducen y me conmueven tus proposiciones, pero te pido un plazo para decidirme.

Coralina. Concedido; no me gusta hacer las cosas a medias. Pero te advierto que ha de ser corto. La semana que viene marcho á París.

Aurora. Sí, tres días... y bastante para resolver.

Coralina. Quedamos así.

Aurora. Me parece que eres mi hada bienhechora.

Coralina. Verás como tu tío lo aprueba todo. Adios, señor Jacobo, hasta luego.

Sr. Jacob. Adiós, Coral.

ESCENA III

Aurora y el Sr. Jacobo

Aurora. Como estabas leyendo no te habrás apercibido de nada. Se sienta y queda pensativa. Tiene razón Coral; mal por ese camino; pero, ¿á dónde me conducirá este de hambre y desamparo? Dios mío, ¿por qué no me iluminais? De repente. Tío.

Sr. Jacob. ¿Qué deseas?

Aurora. Si tú pudieras...

Sr. Jacob. El qué...

Aurora. Leer en el porvenir. Yo quisiera saber cuál era mi destino en la vida.

Sr. Jacob. ¡Aurora!

Aurora. Sí, tío mío, sí; quiero saberlo... ¿Tú puedes decirme algo?

Sr. Jacob. Mucho.

Aurora. ¿De veras?

Sr. Jacob. Conozco el ser que alberga ese cuerpo de niña, y puedo deducir muchas cosas...

Aurora. ¿Pero sabes lo que he de ser?

Sr. Jacob. Se lo que has sido en otra existencia.

Aurora. ¿Qué fuí?

Sr. Jacob. Una mujer de gran influencia en lo sociedad porque pasaste. Puedo decirte que sin ser reina registe los destinos de una nación.

Aurora. ¿De veras?

Sr. Jacob. Sí; aquel gran intelecto sigue en tu yo; has nacido para realizar algo muy hermoso en la vida presente; mas, ¡ay!, no veo en qué círculo puedas desenvolver tus bellas energías... tus sublimes sentimientos!...

Aurora. Quiero saber más: . Si he de vivir humildemente ó he de brillar en el mundo como en mí anterior existencia. Dímelo, va en ello la decisión de mi destino. El Sr. Jacobo oculta el rostro entre las manos por breves momentos. Aurora le mira con ansiedad.

Sr. Jacob. Como inspirado. No seguirás así. Estás llamada á cambiar de rumbo... me han hablado de gloria, de arte... el mundo repetirá tu nombre entre aplausos; tú nombre, Aurora!... Tu nombre, que es también una revelación, un símbolo... ¡Aurora!. algo que nace... una nueva idea de libertad, de justicia y de redención.

Aurora. Entusiasmada. Sí, ese es mi sueño; conquistarme un elevado puesto en el mundo, cuésteme lo que me cueste, entonces, querido tío, ¿debo seguir los impulsos que me llevan á la vida de artista? Coral me ofrece su protección para los estudios indispensables.

Sr. Jacob. Lo he oído todo. Su palabra penetraba en mí más que la lectura. Coral es buena; es un alma noble, es una de tantas mujeres

como pululan por el mundo, que parecen de barro y son de oro. ¡Acepta, no me importa que me abandones!... Yo te acompañaré con mis buenos pensamientos por dondequiera que vayas. Tienes una gran defensa para tu virtud, eres altiva, y en todas tus vacilaciones te salvará tu dignidad.

Vase.

ESCENA IV

Aurora, sola

Aurora. También mi tío... ¿Qué hacer? ¡Ah!, este amor... ¡Este amor que se ha apoderado de mí para hacerme titubear! Si él fuese capaz de dejar su carrera por mí. ¡Qué hermosa prueba!... Pero no, no. Y sin embargo, ¿por qué se atreve á turbar la paz de mi alma? ¿Por qué me mira con esos ojos brillantes de pasión? ¿Por qué cuando estrecha mi mano lo hace con frenesí, llegando hasta posar sus labios en mi rostro, donde aún siento su contacto abrasador? ¡Florencio, Florencio!... No sabes lo que mi corazón encierra. Soy una niña; pero bien dice mi tío, soy altiva y no harás de mí un juguete.

ESCENA V

Aurora y Melitón

Melitón. Buenas tardes, Aurora. ¿Ya se va usted conformando?

Aurora. No hay más remedio, Melitón, que tener conformidad. Entre los consuelos de unos y otros ya me voy haciendo el ánimo.

Melitón. Dicen que en este mundo todo tiene remedio menos la muerte, y el que no se conforma es porque no quiere. Ya ve usted, nos-

otros no hemos podido hacer más que lo que hemos hecho; Florencio le ha dicho la mar de cosas, y yo todas las que se me han ocurrido, etc., etc.

Aurora. Gracias, Melitón. Y ¿qué le trae á usted por aquí?

Melitón. Sacando una carta del bolsillo. Primeramente verla, y después que la haya visto, entregarle esta carta de parte de Florencio, y que espera contestación.

Aurora. Tomando convulsivamente la carta. Voy á mi cuarto á contestarla. Mientras vuelvo, ahí tiene libros si quiere entretenerse.

Melitón. Entre paréntises. Aurora, ¿podría usted llamar á su vecinita, y así charlaríamos mientras usted escribe?

Aurora. Está en el ensayo. Vuelvo en seguida. Vase

ESCENA VI

Melitón, solo

Melitón. ¡Ay, maña, qué rica eres! Si á esta chica no se hubiera adelantado Florencio... Soy más desgraciado que un cesto roto: ninguna chica me quiere. Es verdad que con esto de ir para cura, no le he dicho á ninguna que la quiero; pero como alguna me lo diga á mí, aunque rabie mi tía Genara, soy cacapaz de colgar los hábitos del pico de Teide, que dicen que está en las islas Canarias. Pa mí que Florencio y la Aurora se han entendido ya. Ruedan cartas, enredo seguro; desde el otro día que los ví hablar muy bajito y muy juntos, que dije para mis adentros: ya está el gato en la talega. Encogiéndose de hombros. Yo me lavo las manos como Pilatos y *paz christi* Sacando un papel del bolsillo. Aprovecharé este rato que estoy solo para ensayar la epístola que tengo que cantar en la misa el día de la fiesta de mi pueblo. Aquí el actor dará el tono que crea más adecuado y gracioso.

«Leccio libri apocalipsis beati Joni apostoli, sindebus ilis... audivi vocen, dicelo dicent y milí, escribe, beati morti qui indome morimtrus amodx Jean dice sus espiritu requiescam laborins ibis, opera en inidorum secunturilus.» De primera, de primera, de primera.

ESCENA VII

Melitón y Aurora

Aurora. (Entrando.) Muy bien, Melitón, muy bien; se conoce que va usted entrando con el latín.

Melitón. Poco á poco anda el coco. Es la epístola que estoy ensayando y me parece que no me va á entender ni el *sursum corda*.

Aurora. (Entregándole la carta.) Désela á Florencio y que no se entere nadie.

Melitón. No tenga cuidado, Aurora, que ya le guiñaré el ojo con disimulo. Bueno, abur, hasta la vista. (Se vá.)

Aurora. Que ganas tenía de quedarme sola... (Besando la carta.) ¡Qué dicha tan inefable la de verse amada!... Dentro de media hora lo tendré á mi lado... ¡Cambiaré su mirada con la mía! ¡Dichoso seas amor, que endulzas las amarguras y mitigas las tristezas...! Para tí se han inventado preseas maravillosas, y por tí se hacen en el mundo los mayores sacrificios. ¡Bendito seas, amor! Llaman, ¿será él?

ESCENA VIII

Aurora y Florencio

Florencio. ¿Estás sola?

Aurora. Estoy sola y no estoy sola, Florencio, porque el espíritu de mi madre no me abandona. Presiento á mi alrededor su sombra

amada. saturada de flúidos benéficos que me confortan el alma, ¡el alma, sí!. *Como fuera de razón.* Mi tío Jacobo me ha hecho mucho bien con enseñarme el sendero de perfección y el camino del progreso. Florencio, perdoname, el sufrimiento, la doctrina espírita y el amor, hán evolucionado en mi sér de tal manera. que ya no soy la Aurora de ayer. ¡Soy la Aurora que despierta al nuevo día.

Florencio. Aurora, veo que tu tío, con sus locas creencias, te va á trastornar el cerebro. ¡Déjate de tonterías, vida mía!... ¡Piensa sólo en que te quiero con pasión, que mi corazón es tuyo!... ¡Que así como la rosa es la reina de las flores, así también eres tú la rosa de mis pensamientos... la rosa de mis ilusiones. la rosada aurora de mi esperanza!... ¡Aurora, si me amas ve al convento pura y virgen!... Deja á ese viejo marrullero y pernicioso y huye del trato de esas mujeres libertinas que venden sus placeres por un puñado de monedas. *Endulzando la voz.* ¡Aurora, ve al convento. El claustro te dará lo que necesitas: tranquilidad y reposo; y las prácticas cristianas borrarán el recuerdo de esos libros que el demonio ha puesto en tus manos como arma mortífera que hiere ó mata. ¡Aurora, oye mi consejo de hombre enamorado!... Apártate del arte tan peligroso á las mujeres hermosas como tú, y no arranques la flor que has plantado en mi corazón. *Cogiéndola por la cintura.* Aurora, quiero que tu celda sea el santuario de mi devoción, donde mis cartas enciendan el fuego sagrado del amor, y levanten un trono ante el cual se grave la misión de nuestras almas... Seamos como Abelardo y Eloísa, para que no nos separe ni aun la muerte.

Aurora. Florencio, te amo más que á mi vida: pero la vida del convento sería para mí una vida de hastío, una vida de tristezas y una vida de abatimiento. No, Florencio, no me desees tan desgraciada... Yo no quiero encerrar-

me en lobregueces y tinieblas, tras de unas celosías que dificulten ver el sol... Yo quiero respirar el oxígeno libre de los campos, ser útil á la humanidad... trabajar, trabajar sin descanso para socorrer al necesitado; ser buena madre si tengo hijos, y educarlos en la ley divina, causa primera de todo lo manifestado; amar á todos mis semejantes y no desamparar nunca á mi anciano tio Jacobo. Esas son mis aspiraciones, Florencio.

Florencio. Aurora, tú no serás de ningún hombre, sino mía...

Aurora. Sí, Florencio; seré tuya cuando te despojes de los hábitos sacerdotales y seas hombre digno de amar á una mujer. Si no quieres que sea artista sacrificaré mi sueño dorado y la ilusión de mi vida sólo por tí, y levantaremos ese trono que tú pretendes, viviendo felices el uno para el otro.

Florencio. ¿Dejar yo la vida de sacerdocio?... ¡Eso nunca, Aurora!... ¡Yo no quiero hacer desgraciados á mis padres!. . Deseo ser padre de almas... salvar á los pecadores, predicándoles la doctrina cristiana y brillar en el Ministerio sagrado de mi profesión sacerdotal, á fin de que me brinde con una canongía, término de mis aspiraciones...

Aurora. Florencio, el arte me espera.

Florencio. ¡Aurora! ¡Vas á ser mi perdición!... Pausa breve. Florencio coje el sombrero y vase.

ESCENA IX

Aurora y el Sr. Jacobo

Sr. Jacob. ¿Que te pasa, niña; qué te pasa? ¿Qué te ha dicho ese joven para que estés tan triste? Contesta Aurora, ¿amas á ese hombre?

Aurora. Llorando. Le amo, tío; le amo.

Sr. Jacob. Pobrecita, ahora es cuando te compadezco, te has colgado de la puerta del infierno. Vase.

ESCENA XX

Aurora, sola

Aurora. Bien. El á la iglesia, yo á las tablas. ¿Y á eso que el siente, le llamaba amor? Mentira. ¡Falso, hipócrita, mal cura!... El hombre que se entretiene en seducir el alma de una pobre muchacha, no podrá ser buen clérigo, noble y casto como lo exige la Iglesia. No he necesitado los tres días de plazo que pedí á Coral. Esta tarde le diré mi resolución. Sí, me entregaré de lleno al arte... la pasión por él, ahogará á esta otra pasión que había inflamado mi alma, y me prometía una felicidad infinita... Llorando. ¡Qué tonta soy! ¿No era ser artista mi más bella ilusión? ¿No representaba esto el dorado sueño de mi vida? ¿A qué, pues, afligirme? Vamos á emprender el nuevo camino. ¿Que hay peligros? Ya llevo una coraza sobre mi alma, que es el primer desengaño. Saca varias cartas del bolsillo y las hace pedazos. Se acabó todo. Ahora á ser otra mujer; á orlar mi frente con los laureles de la gloria... á embriagarme con las ovaciones del mundo, á ser una estrella en el cielo del arte, y un alma grande para realizar todo lo bueno y todo lo bello. ¡A cumplir mi destino!

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salón de un Hotel. A la derecha las habitaciones de Aurora.

ESCENA PRIMERA

Elisa, doncella de Aurora y Rosa, camarera del hotel

Rosa. Limpiando el polvo. ¡Qué guapa y qué buena es su señorita!

Elisa. Adonde llega su bondad nadie lo sabe, pues además de las obras de caridad que le vemos hacer, ¡realiza tantas en secreto!

Rosa. Dicen que anoche estuvo colosal; ahora estaban leyendo en el comedor unos señores el periódico y cuánta cosa decían de la voz y del talento de la señorita. Usted la debe de querer mucho.

Elisa. Muchísimo, más que á mi madre. Con ella iría hasta el fin del mundo. Cuando está en escena, no se lo que me pasa, ni respiro escuchándola cantar, y cuando termina y el público la ovaciona frenéticamente, yo rompo á llorar como una tonta. ¡Cuánto agradece mi alma esos aplausos!

Rosa. Pues lo que es anoche según dicen...

Elisa. ¡Ah! fué verdaderamente el delirio. Pero ella se lo mereció porque nunca habrán oído una «Norma» igual.

Rosa. Estará aún durmiendo.

Elisa. No; se levanta pronto. Está escribiendo; nunca está ociosa; cuando no escribe lee. Ya viene.

Rosa. Me marcho, no quiero estorbarla. Vase.

ESCENA II

Aurora y Elisa; al final Coralina

Aurora. Elisa.
Elisa. Señorita, ¿desea algo?
Aurora. Sí, á ver si ha venido el correo y hay carta para mí.
Elisa. Voy, señorita.
Aurora. No estaré tranquila hasta que hable con Melitón y me dé noticias de...
Elisa. Si qué hay dos cartas para usted.
Aurora. Tomándolas. Esta es de París y esta... esta letra me parece conocerla. La abre. ¡Ah! de Coral... de mi Coralina. ¡Dios mío! ¡Qué alegría! He pasado tanto tiempo sin saber de ella. Lee. «Querida mía: Qué sorpresa vas á recibir con mi carta y cuánta dicha te voy á proporcionar con mi presencia... porque tras la cartita voy yo.» Y no dice más. ¡Ah! qué gozo siento tan inmenso; voy á verla... á abrazarla después de tanto tiempo de no saber una de otra; oigo parar un carruaje... corre, corre Elisa, tal vez sea ella; mi amiga del alma... Me parece escuchar su voz... ¡Sí, Coral..!
Coralina. Abrazándose á Aurora ¡Queridísima Aurora!

ESCENA III

Aurora y Coral

Aurora. Qué placer tan grande me proporcionas con esta sorpresa.
Coralina. Deja, deja que te contemple.... ¡Qué guapa estás!...
Aurora. Pues tú estás aún muy hermosa.
Coralina. ¡Ay, hija! Estoy hecha una lugareña. me paso la mayor parte del tiempo en el cam-

po, en mis posesiones de Coria. ¿Y tú? Aunque no hayamos continuado en correspondencia mi alma te seguía por todas partes. Siempre leyendo revistas de teatro para saber por donde andaba mi diva.

Aurora. ¡Ingrata! no contestar nunca á mis cartas...

Coralina. Hijita, le tengo odio á escribir, perdona mi mal comportamiento; pero hablemos, tengo muy poco tiempo de que disponer.

Aurora. Qué es esto ¿te quieres marchar tan pronto? No lo consentiré.

Coralina. Amiguita, tengo que estar en Bayona lo más pronto posible. Ya sabes que casé á Carmelita; pues bien, va á darme el segundo sobrino y me llama á su lado para ese trance. Yo te prometo que á mi regreso te buscaré por donde estés y pasaré varios días á tu lado. ¿Te conformas?

Aurora. ¿Y qué he de hacer? bien á mi pesar.

Coralina. Cuéntame, cuéntame niña, ¿Vive tu hijo?

Aurora. Sí; gracias á Dios, y está tan guapo. Mira.

Saca un medallón.

Coralina. Se parece mucho á tí. ¿Y de Florencio?

Aurora. No sé nada. Ya en cartas te referí todo aquello. La manera como corrió tras de mí cuando después de muerto mi tío, realicé una *tournee* por provincias. La pasión le enloqueció; llegué á creer en que al fin olvidaría su vocación clerical para unirse á mí. Pero me equivoqué; tornó al Seminario y el día en que le dí la noticia de mi maternidad, me contestó así: «Aurora, entre nosotros se ha abierto un abismo, he cantado misa.»

Coralina. ¡Infame...!

Aurora. ¡La herida que aquella carta abrió en mi corazón, aún mana sangre..!

Coralina. Le odiarás á muerte ¿verdad?

Aurora. No lo creas, sigo amándole. No como en aquellos días, sinó con una compasión inmensa...

Coralina. ¿Es posible?

Aurora. Le tengo una lástima infinita. La piedad religiosa... el respeto á sus padres, algo de delirio místico, y mucho de debilidad han

hecho de él un ser desgraciado. No he vuelto á verle más, pero estoy segura de ello. Además le considero siempre como el padre de mi hijo; y luego, el amor que le conservo ha sido constantemente el defensor de mi dignidad... Quiero confesártelo todo; he venido á Madrid con un solo pensamiento: el de verle. Lo concebí allá en París, fué una tarde que me hallaba en los Campos Elíseos... una tarde de Otoño melancólica como mis recuerdos. Viendo jugar á mi pequeño Florencio, me asaltó la idea de que, si él supiese algo de su hijo, se sentiría feliz. Cerca de mí se hallaba un Pastor protestante acompañado de su esposa y dos niñitos... En los ojos de aquél padre, destellaba una alegría santa... Yó le miraba y pensaba: ¡Dios mío!, ¿por qué no ha de ser realizable esta esperanza que vislumbro? ¡También Florencio podría ser pastor de almas, padre y esposo...! Aquél buen señor había sido clérigo, y despojándose del hábito de sacerdote católico, se afilió á la Iglesia anglicana para tener derecho á crearse una familia.

Coralina. ¿Luego tú piensas?

Aurora. Sí, estoy resuelta á verle. Melitón, el amigo con quien frecuentaba nuestra casa que está ahora de Sacristán en las monjas ursulinas, según he averiguado, no tardará en venir, y por su mediación intento llevar á cabo mis propósitos.

Coralina. Aurora, me parece que no estás buena de la cabeza. ¿Tú crees que Florencio va á cometer tal apostasía? ¿Sabes lo que intentas?

Aurora. Qué sabemos la tranformación que se obraría en él al contemplar el retrato de su hijo, **Mira el medallón.** y yo procuraría á la vez hacer vibrar en su alma todas las fibras del sentimiento. A veces me parece que estoy inspirada... creo oir una voz que me dice: prueba, prueba; procura verle...

Coralina. ¡Aurora, aún no estás curada de las chifladuras de tu pobre tío!

Aurora. Tristemente. ¡Ayer estuve á depositar algunas flores en su sepultura y en la de mi madre!..

Coralina. Hablemos de otras cosas, pues el tiempo apremia. ¿Estarás muy satisfecha de tu celebridad? Realizaste tu sueño; ser una estrella de primera magnitud en el cielo del arte.

Aurora. No puedo quejarme gracias á tí...

Coralina. A mi nó, querida. Yo bien poco hice; tú te emancipaste muy pronto de mi tutela yéndote á Italia y allí lograste hacer tu carrera, gracias á tu talento nada común y á tus grandes energías. Eres digna de admiración; pero me parece que no estás todo lo contenta que debierás. ¿Andas mal de capital?

Aurora. No; gano mucho y tengo buenos ahorros, pero, ¡ay! Coral, esta vida es muy pesada... hay que luchar con tantas intrigas, y defenderse de tantos acechos...! yo la escogí como la escogen la mayoría de las artistas. ¡En España hay tan pocos caminos abiertos para la mujer que siente y aspira á realizar algo,..! Cuando en mis viajes por otras naciones he visto la libertad de que por allí gozan las mujeres, las he envidiado. Yo hubiera sido feliz sacrificando mi vida en aras de un ideal grande, como lo hacen las mujeres rusas; yo hubiese querido luchar valientemente por la libertad humana, por redimir á tantos esclavos de la miseria... por dar un gran impulso al progreso y acortar la distancia que nos separa de esa soñada Sociedad futura...! Más no ha podido ser. En nuestra patria solo hay dos caminos para la mujer que se atreve á soñar: el claustro en donde desvarían las almas, ó el arte en donde peligran nuestras cabezas.

Coralina. ¿Que hora dá? De un reloj.

Aurora. Las once.

Coralina. Levantándose. Entonces querida Aurora, tendré que dejarte, pues de estar más perdería el tren, y ya ves, qué contratiempo, puesto que me están esperando con ansiedad.

Aurora. Un momento. *Entra en su habitación.*
Coralina. Poco ha variado, sigue siendo tan soñadora, tan impresionable... ¡Pobre Aurora!
Aurora. Querida Coral, permíteme te dé un pequeño regalo para nuestra Carmela: son unos bonitos pendientes...
Coralina. ¡Qué lindos! ¡Gran regalo!
Aurora. Si es niña la criatura que esperáis, para ella, y si es niño para la madre.
Coralina. ¡Gracias! ¡Cuánto te lo agradecerá mi hermana!
Aurora. Le darás un fuerte y cariñoso abrazo de mi parte, y la enhorabuena por el aumento de familia ¿Me escribirás?
Coralina. Yo haré que Carmelita te escriba en cuanto pueda.
Aurora. Sí, te lo agradeceré mucho.
Coralina. Venga un abrazo.
Aurora. Adiós; os deseo una hora feliz.

ESCENA IV

Aurora, Elisa y después Melitón

Aurora. *Sollozando.* ¡Qué tristeza nos deja á veces la alegría! El gozo de haber abrazado á mi amiga del alma Coral, me trae á la memoria el recuerdo de tiempos pasados. ¡Qué tiempos aquellos!
Elisa. Señorita, D. Melitón Muérdago y Ruidrejo, sacristán del convento de las monjas ursulinas, desea verla.
Aurora. *Levantándose.* Que pase, que pase.
Melitón. Adiós, Aurora. ¿Cómo estamos?
Aurora. Mi amigo Melitón... *Se saludan afectuosamente.* Siéntese, siéntese Melitón, y cuénteme qué es de su vida. ¿Y Florencio? ¿Qué es de Florencio?
Melitón. Iremos por partes. Pero ¡qué hermosísima está usted, Aurora! Al fin se salió usted con la suya; ser la mejor *cantadora* que

hay ni habrá, porque cuidado que dicen que canta usted bien.

Aurora. Muchas gracias. Melitón. Como cantante no envidio á ninguna diva, pero no me hago ilusiones, porque siempre hay quien nos supera. Pero dígame, ¿cómo está Florencio?...

Melitón. Pues yo, Aurora, no me hice cura porque no pude entrar con el latín. Me fuí al pueblo unas vacaciones con ánimo de no volver más al Seminario, y como no sabía cavar viñas, ni labrar tierra; ninguna chica me quería, y por poco me come mi tía Genara; así que volví á la *trágala*. Después mi tía hizo testamento dejando todos sus bienes á la Santa Madre Iglesia, y me hicieron sacristán de las monjas ursulinas; que Santa Rita que dicen que es abogada de imposibles, les dé lo que se merecen.

Aurora. ¿Tan mal se portan las monjitas con usted?

Melitón. No es que se porten mal, es que son muy melindrosas y parezco á Periquito entre ellas. Todo el día me traen de la *ceca á la meca*. Antes de ser de día ti, qui tic; al mediodía ta, ca. tac; por la tarde tu, cu, tuc, y por la noche retreta. Así que vivo en un puro campanilleo. Créame, Aurora, que al que inventó el latín le daría yo ser sacristán de las monjas ursulinas.

Aurora. Melitón, esas son cosas de la vida. Si usted supiera los obstáculos que tengo yo que vencer en mi vida de artista... Pero hablemos, Melitón, de lo que más me interesa. Dígame dónde está y que hace Florencio.

Al mismo tiempo le enseña un medallón con el retrato de su hijo.

Melitón. La cara de su padre. La boca, las *narices* y hasta el modo de mirar son de Florencio.

Aurora. Pero, ¿cómo puede juzgar si aun no sabe quien es este joven?

Melitón. Aunque no lo sé me lo figuro, porque dicen que quien á los suyos se parece...

Aurora. En ese caso diga usted, ¿quién es este retrato?

Melitón. *Vacilando.* Con permiso, Aurora; este chico es hijo de Florencio... y de una mujer.

Aurora. Muy bien Melitón, hablemos de Florencio.

Melitón. Pues... pues Florencio es el mejor orador sagrado que hay, y dicen que si no llega á Papa, por lo menos llegará á Obispo. Qué sermones hecha Florencio... ¡Que elocuencia! ..

Aurora. *Por lo bajo* ¡Dios mío, el padre de mi hijo, Obispo!

Melitón. Las damas católicas, no saben donde ponerle: todo son agasajos, su porvenir es brillantísimo, y sin embargo... á Florencio le remuerde la conciencia.. Florencio lleva dentro de sí algo que le mortifica; Florencío, Aurora, tiene una rotura.

Aurora. *Con mucho cariño.* Melitón, ¿se acuerda Florencio de mí?

Melitón. Yo no sé si se acuerda ó nó, pero si alguna vez la nombrabámos, Florencio dejaba escapar un suspiro muy hondo... un suspiro que nadie sabe adonde va á parar.

Aurora. Melitón, puesto que usted no ignora nada de lo que ha pasado entre nosotros, confío en su nobleza para que interceda en este asunto. Yo deseo que Florencio reconozca a su hijo, y cumpla la ley divina... la ley suprema, y se unan nuestros destinos en un ósculo de amor y de paz. ¡Melitón, yo se lo pido por la memoria de mi madre... por el recuerdo de mi tío Jacobo, y por la vida de mi hijo!...

Melitón. Y dígame Aurora. ¿Dónde está su hijo?

Vurora. Mi hijo se educa en uno de los mejores colegios de París; me cuesta quinientos francos mensuales, y cuando cumpla los quince años pienso llevarlo á completar su educación á Alemania, para que cuando llegue á ser mayor de edad, conozca todas las ramas del saber humano. No tengo más ilusión que la de ver hecho hombre á mi hijo, ni otro deseo que el que lo reconozca su padre, y después con la gloria de mi arte, formaría un arco de flores que cobijara á los tres.

Mi misión en la tierra habría terminado en espirales, á ese más allá desconocido, pero que vislumbramos por la magnitud de nuestras obras. Hágalo por mí, Melitón. ¡Por esta mujer que aunque joven es como una de esas rosas que parecen estar en la plenitud y lozanía de la vida, y se deshojan al contacto de la primera mano que osa arrancarla!... Sí, Melitón; por esta mujer que sola, á más de la lucha por la existencia, lucha con la punzada cruel de un amor perdido, y de un hijo sin padre!

Melitón. Aurora, por el respeto que me merece todo ser viviente, y porque las obras de misericordia nos mandan consolar al triste, y dar buen consejo á quien lo haya menester, haré lo que pueda; pero me parece que Florencio no tirará por la ventana por nada del mundo sus años de carrera, ni su dignidad de Arcipreste de la Catedral. etcétera. Dígame pues que es lo que he de decir á Florencio y *laus deo* y el bueno de San Simplicio nos asista á todos

Aurora. Bien Melitón; voy por una carta para que la entregue á Florencio, y usted por su parte añada lo que crea más oportuno. Vase á su habitación.

Melitón. Por no andar con estos laberintos me conformo con ser sacristán de las monjas ursulinas.

Aurora. Entrando y dando á Melitón la carta con una fotografía de su hijo. Tenga, Melitón y le agradeceré que lo antes posible me traiga buenas noticias del hombre que más quiero en el mundo y este billetito de cien pesetas para que vaya y venga en coche y fume unos cigarritos.

Melitón. Gracias, Aurora; tenía que mandar poner medias suelas y tacones á las botas, así me compraré unas nuevas, y Santa Agueda se lo aumente. Conque Dios sea con todos y hasta mañana si Dios quiere.

Aurora. Adiós, Melitón. Estrechándole la mano.

ESCENA V

Aurora y después la doncella. Cecilia y su hija

Aurora. ¿Tendrán razón? ¿Intentaré una locura? No importa; quiero ver hasta donde puedo llegar. ¡Ya está hecho; sea inspiración de Dios ó de Satanás!

Elisa. Señorita...

Aurora. ¿Qué deseas?

Elisa. Una señora con una niña pretende hablar con usted.

Aurora. Que pase y espere un poco. Me voy un momento á escribir una carta. **Entra por la izquierda Cecilia con una hija de nueve años.**

Elisa. No tenga temor. La señorita es muy buena, y si desea alguna cosa de ella inmediatamente lo conseguirá. Siéntese y tenga ánimo señora. ¿Qué apuro será el que la trae. **Vase.**

Cecilia. **Sentándose.** Ven Ernestina, ven á mi lado. **Ernestina se acerca á la mesa y mira á un album que está abierto sorprendida.**

Niña. ¡Mira mamá, este es el retrato de mi papá!..

Cecilia. Por Dios. Ernestina, ven acá, no seas imprudente; ven hijita. ¿No recuerdas lo que te recomendé? Has de portarte con mucho juicio; y no hablar nada mientras no se te pregunte.

Niña. Bien, mamá. **Aurora entrando.**

Cecilia. Señorita, dispense la molestia que pueda causarle...

Aurora. Ninguna. Puede usted decirme lo que desee en la seguridad de que la atenderé con gusto.

Cecilia. Ya me habian dicho que era usted muy bondadosa. Sin embargo, el asunto que me trae es tan delicado que no sé como empezar...

Aurora. Tenga presente que también soy mujer y he sufrido lo bastante para comprender cuanto usted pueda explicarme...

Cecilia. Usted me anima... pues bien, principio por una pregunta: ¿Es cierto que va usted pronto á contraer matrimonio con don Carlos de Rivaroja?

Aurora. Riendo. ¿Es posible que tanto aseguren?

Cecilia. Sí, señora. Me lo han asegurado; pero al ver como usted ha acogido mi pregunta, dudo ya de la veracidad de tal noticia.

Aurora. No, dudar sólo no; rechazarla por inexacta. Continúe señora; no sé porque tengo alguna intuición de lo que á usted la trae aquí. La fisonomía de esta niña tiene rasgos que me hacen pensar...

Cecilia. ¡Ah, señorita! Me ahorra usted una confesión.

Aurora. ¿Luego he acertado? Esa niña es hija tal vez...

Cecilia. Sí, de Don Carlos. Una de tantas historias de la vida. La seducción del hombre rico... la inexperiencia de la juventud. Tiene la niña nueve años, y aún no tenía los cuatro cuando nos abandonó su padre. A veces le busco para implorarle una limosna, porque mi trabajo de bordadora dá tan poco...

Aurora. Es usted aún muy joven y simpática, y esa miseria en que vive da á comprender que es usted muy honrada.

Cecilia. Su mirada parece penetrar en todo, si; después de verme abandonada he cifrado todo mi bien en el orgullo de mi pobre honra.

Aurora. Un verdadero heroísmo que el mundo no sabe apreciar. Ha hecho usted bien en venir á mí. Yo la consolaré, la socorreré y la alentaré.

Cecilia. ¡Es usted un ángel!

Aurora. No; no soy más que una mujer de alguna inteligencia y de mucho corazón, que estudia cuanto puede en la vida humana. Ahora para tranquilizarla respecto á las relaciones que con el Sr. Rivaroja tengo le diré lo que hay: le conocí en Milán en donde me manifestó los mayores entusiasmos que yo acepté como simple admiración á la artista. Le volví á ver más tarde en París, y allí me

reiteró su apasionamiento, admitiendo yo entonces su amistad; la cual me sirvió de mucho influjo, para conseguir inmediatamente mi contrata en el teatro de la Opera; hoy puede jactarse de ser mi amigo; pero nada más. Me acompaña á todas partes, me cede su carruaje; sus regalos son valiosos. Yo admito todo esto, es verdad, pero jamás he hecho concebir esperanzas sobre tal matrimonio. El no sabe que esta amabilidad que á él le engríe, obedece solo á la necesidad en que nos encontramos las que vivimos de esta forma de poner ante nosotros una especie de muro que nos sirva de defensa contra la avalancha de importunos que á todas horas se nos viene encima. ¿Me comprende usted? Don Carlos es para mí algo así como un paraguas que me preserva de un chubasco de moscones. Ya estará enterada de este particular, y como creo que usted esperará algo de mí, le propongo apruebe la emboscada que voy á preparar á Don Carlos. Dentro de poco ha de venir; yo quisiera se ocultase en este gabinete que dá paso á mis habitaciones y cuando le vea solo, le sorprenda con su presencia y la de su hija. ¡Buena escena! Cuando él se encuentre convicto y confeso, me presento yo y fallo. Ande usted.

Cecilia. Parece algo aventurado... temo...

Aurora. ¿Qué teme usted? Tenga ánimo; en esta vida hay que saber ser valientes.

Cecilia. Sea pues, cómo usted quiere.

Aurora. Poco tendremos que esperar... creo oir la voz de Don Carlos... habla en el patio con el Marqués de Torrealta. Pronto, pronto. Venga usted. Ven, niñita. Cuanto me gusta hacer de redentora aunque me crucifiquen.

ESCENA VI

Don Carlos y el Marqués

Don Car. Nuestra querida diva; agradeceré mucho esa felicitación que usted con su envidiable elocuencia sabrá dirigirla, porque usted mismo confiesa que anoche estuvo genial.

Marqués. ¡Sublime.. sublime, piramidal! Es admirable; todo cautiva en ella... ¡Gran artista! ¡Ideal! Pero Don Carlos, ya le advertí que me es imposible detenerme... Me esperan unos amigos en Fornos y vá siendo tarde. (Don Carlos toca el timbre y se presenta Elisa)

Elisa. ¿Llamaba el señor?

Don Car. Sí, chica. ¿Y la señorita?

Elisa. Está escribiendo...

Don Car. Bien; cuando termine manifiéstale que estamos aquí.

Elisa. Será usted obedecido. (Vase)

Don Car. A no ser una gran cantante, sería una gran escritora. No hay duda, siempre está escribiendo.

Marqués. Parece muy original; poco he hablado con ella pero me ha sorprendido con ciertas genialidades que delatan un espíritu escogido.

Don Car. Genialidades y extravagancias tiene muchas. Figúrese V. ayer mismo, pasábamos por la calle del Arenal, y mandó parar el coche. ¿Qué ocurre? le pregunté y por toda contestación me rogó que bajase y comprase un gran pastel á un *golfillo* que miraba lo expuesto en el escaparate.

Marqués. ¿Y qué hizo usted?

Don Car Por complacerla obedecí; bajé, compré el pastel y se lo entregué al muchacho que abrió tanto ojo asombrado de mí, como temiendo que yo estuviese loco...

Marqués. ¡A lo que obliga el amor, Don Carlos!

Don Car. ¡Ah, son tantos los que tengo que hacer!...
Marqués. ¡Pobre Don Carlos!
Con Car. Vamos que usted no puede hablar... aquella viudita del año pasado...
Marqués. Hércules, con ser Hércules hiló en la rueca... (Mira el reloj) esa carta debe ser muy larga, imposible de tenerme más. Adiós, don Carlos; hágale presente mis respetos y manifiéstele el objeto de mi visita.
Don Car. No quiero hacerle faltar a su palabra. Adiós pues.

ESCENA VII

Don Carlos, luego Cecilia y su hija: al final Aurora

Don Car. Me extraña que me haga esperar tanto. (Mira el album) Abierto por donde se encuentra mi fotografía ¡ésto me hace feliz! piensa en mí, no hay duda. (Se vuelve al sentir pasos) ¡Ah! ¿qué es esto? ¡Cecilia!
Cecilia. ¿Te disgusta el encontrarme aquí? ¡Niña abraza á tu padre, ya que la casualidad le pone ante sosotros!
Don Car. (Rechazando á la niña) ¡Imprudente! ¿Qué haces en estas habitaciones? ¿A qué has venido, desgraciada?
Cecilia. Desgraciada sí... desde el día en que presté oídos a tus palabras falsas....
Don Car. ¡Silencio! Pudiera alguien oir...
Cecilia. ¡Qué me importa!
Don Car. A tí nada, pero a mí sí. Es preciso que salgas de aquí inmediatamente. ¿Venías a que te socorriese? Toma... (Le dá un duro)
Cecilia. Cinco pesetas...
Don Car. No me irrites, vé a casa mañana y hablaremos.
Cecilia. No te creo; siempre dices igual, y luego das órdenes a tus criados para que no me dejen pasar.
Don Car. ¡Por Dios, Cecilia!
Cecilia. Si tienes miedo á que te digan que has sido

un vil seductor... que engañaste a una pobre niña con mentidas promesas y la abandonaste con una hija, á la que niegas el pan... ¡miserable... miserable dos veces, porque no te conmueve ni mi honradez, ni mi inocencia!...

Don Car. ¡Vete... vete! (Aurora apareciendo en escena)

Aurora. No se irá porque yo la detengo.

ESCENA VIII

Aurora, Don Carlos, Cecilia y la niña

Don Car. Dirigiéndose á Cecilia Me has perdido.

Aurora. ¡Cuánto me place Don Carlos, ver hasta donde llega su caballerosidad! Cecilia, levante usted la frente... esa frente que no ha podido manchar el aliento impuro de un mal caballero.

Don Car. ¿Luego esto ha sido una emboscada?

Aurora. Don Carlos; mientras su hija sufría en la miséria, usted regalaba á la artista joyas de miles de pesetas. Ellas serán el dote de vuestra hija. Ahora puede usted marcharse. Ha terminado nuestra amistad.

Don Car. Mirando a Cecilia ¡Ay de tí!

La niña. Abrazando a su madre ¡Mamá, mamá!

ESCENA IX

Aurora, Cecilia y la niña

Aurora. No llore usted; la vida tiene escabrosos senderos. más hay que tener ánimo para salir de ellos. Ya sabe usted en lo que hemos quedado. Mañana recibirá el importe de las alhajas que no quiero conservar en mi poder. Bella niña, no te importe no tener padre; te bastará con una madre, si ella es noble y digna. Amala mucho... unid vuestros amores para ser fuertes contra los embates sociales.

Cecilia. *De rodillas* ¡Bendita sea usted que tanto bien nos ha hecho...!

Aurora. No, de rodillas no. Deme usted un abrazo.

Cecilia. *A la niña* Besa sus manos.

Aurora. Bésame *Se inclina para que bese la cara*

La niña. Es usted tan buena como la Virgen de la Paloma. *Salen madre é hija llorando*

Aurora. *Se deja caer en una butaca* ¡Ah, me ha parecido sentir los labios de mi hijo!..

ESCENA X

Aurora, sola

Aurora. *Contristada* ¡Soltera y madre...! El mundo se indigna ante esa figura doliente de la mujer que es madre, sin ser esposa... ¡Oh los perjuicios sociales! ¿Por qué no ha de concedérsele el respeto y la protección a que se hace acreedora por su doble carácter de madre y desvalida? ¡Dios mío, yo no tendría fuerza para vivir, si no tuviese la intuición de ese mañana que se acerca, en el cual reine la justicia y el amor palpite en todas las almas!

ESCENA XI

Aurora y Melitón

Melitón. *Contristado* ¡Aurora!

Aurora. ¿Que noticias me trae, Melitón?

Melitón. *Tembloroso* ¡No sé como explicar á usted lo ocurrido...! ni como pintarle la emoción que sintió Florencio al leer su carta. Al ver la fotografía de su hijo, dejóse caer como si perdiese el conocimiento. Después se recriminó así mismo lamentando su debilidad. ¡Pobre Florencio! El todo sabiduría...! ¡El, que limpia las conciencias de los pecadores, y tener su conciencia manchada ..!

Aurora. Pero en fin... *Interrumpiéndole impaciente*

Melitón. Me dió esta carta que no sé como la pudo escribir, porque tanto le temblaba la mano, que daba golpes sobre la mesa. Tómela usted.

Aurora. Parece que me falta valor para leerla.

Melitón. Aurora; si Dios no lo remedia presiento un cataclismo entre ustedes. Encomiéndese a todos los santos de la corte celestial, para qué esto no termine como el rosario de su nombre...

Aurora. ¿Luego no hay esperanza de que pueda verle?

Melitón. Ninguna. Creo que le tiene á usted más miedo que á Satanás.

Aurora. ¡Madre mía...! ¡Seres queridos! ¡No me desamparéis... enviadme un destello de vuestra luz espiritual que me ayude y me consuele en esta nueva prueba que me depara el destino...!

Melitón. ¡San Expedito! Intercede por el bien de todos, y porque el pobre chico no pague los vidrios rotos. ¡Me voy, me voy para no llorar también! Aurora, que la paz de Dios sea con todos.

Aurora. Adiós, y gracias, buen Melitón.

ESCENA XII

Aurora sola

Aurora. *Abre la carta temblorosamente* Veamos lo que dice. *Leyendo* «Aurora: El pasado había muerto en mí, y tú lo quieres resucitar sin parar mientes en lo que representa ese resurgir de aquellos días de mi fatal caída. La trompeta del Apocalipsis, no me hubiera causado más espanto que esa carta inspirada por el mismo Luzbel, para precipitarme de nuevo en el pecado. ¡No, criatura desgraciada, puesta en mi camino para la perdición de mi alma, no pretendas arrastrarme al abismo..! ¡Soy un ministro del Altísimo, desligado para siempre de todo lo que no venga de los

altos poderes del sacerdocio! ¡Me aterra pensar en la perturbación de tu espíritu, contagiado por las perniciosas doctrinas del día!.. ¡Aurora! ¡Aún es tiempo... el arrepentimiento es un nuevo Jordán; baña tu alma en él, para que purificada de pecado, pueda al fin encontrarse con la mía en el seno de Dios!» Entre sollozos ¡No sé, no sé si compadecerle, ó maldecirle! ¡Oh mi sueño de felicidad desvanecido para siempre! ¡La herida que llevo se ahonda más...! ¡Siento el desgarramiento de este corazón, que él lesionó para siempre...! ¿Quién tiene razón él o yo? El, encerrando el concepto de la vida en los estrechos moldes de un obscurantismo que vá tocando a su fin, ó yó dilatando con mis ansias de libertad los horizontes de la existencia. ¡Yo, que quiero romper argollas y cadenas, y que deseo alas para el alma... expansión para los grandes sentimientos...! ¡Ah! ¡la voz...! ¡La misteriosa voz de lo alto...! ¡La que ha venido marcando mi destino.. ! Es la misma de siempre... que pronuncia á mi oído la palabra ¡Adelante! Gracias, gracias voz querida y celestial que vienes de allá de lo impenetrable, para dar ánimo á nuestras débiles fuerzas. ¡Yo te escucho y te obedezco! !Iré hasta el fin!

FIN DEL TERCER ACTO

CUADRO FINAL

Lujoso salón de un chalet.

ESCENA PRIMERA

Aurora y su hijo Florencio, joven de 23 años

Aparecen santados conversando cariñosamente.

Florencio. ¿Y por qué has querido venir á Madrid, cuando tan bien estábamos allá en la florida vega granadina? Tenías tan buen color... paseabas sin cansarte, y esas crisis nerviosas parecían haber desaparecido. Vamos, mamá, que eres caprichosa como una chiquilla. Sonriendo. Por último habrá que reñirte.

Aurora. Riendo. Si que estaría gracioso que se tornaran los papeles; el hijo reprendiendo á la madre.

Florencio. Y con razón ¿Pues qué, no ha sido una locura el venir aquí? Apenas llegamos te sobrecogió ese terrible ataque que te ha tenido postrada en cama durante ocho días. ¡Ay, llegué á temer por tu vida!

Aurora. Con ternura. ¡Pobrecillo! Es menester que te vayas acostumbrando á vivir al lado de una madre enferma.

Florencio. No, yo no quiero verte enferma. ¿Suspiras? ¡Ah, mamá querida!... ¿Qué pena es esa que va devorando tu corazón? ¡Ya es hora

de que yo la conozca; de que penetre en lo íntimo de tu alma, para saber lo que hay en ella!... Ya no soy el niño cuya curiosidad se apaga bajo una lluvia de besos. Yo sé que eres una pobre mártir que has caminado por escabrosos senderos, agobiada bajo el peso de una cruz. ¡No tiembles, madre mía! Estoy seguro que en ese misterio no se esconde ninguna vergüenza, porque la madre que ha sabido inculcar en el alma del hijo los principios de la moral más altruísta... la madre que me ha enseñado á amar todo lo bello y grande de la vida, no puede ser una mujer indigna; tiene que ser la más alta representación de la nobleza y de la bondad.

Aurora. Conmovida. Gracias, hijo del alma; gracias.

Florencio. Si, es así ¿por qué no me confías ya el penoso secreto que me guardas? Cuando pequeño me contristaban profundamente aquellos ósculos que entre lágrimas depositabas en mi rostro; déspués no recibía una de tus cartas diarias, sin que mi alma se empapase en el amargor que destilaban tus apasionadas frases de sabia consejera... tus santas lecciones de madre... Cuando yo sea hombre, pensaba, lo sabré todo. Yo devolveré á mi madre la dicha porque llora... Ya soy hombre; vivo á tu lado hace algunos meses y temiendo la impresión que pueda causarte he callado. Más no es posible seguir así. Estoy en la creencia de que el origen de tus penas está en mi nacimiento. ¿Es cierto?

Aurora. No te engañas.

Florencio. Pues entonces descúbremelo todo. Tal vez eso alivie tu corazón. Pero no te aflijas, sé fuerte. Pausa. Empezaré yo ¿Quien es mi padre? Sé que vive; me lo has dicho más de una vez.

Aurora. Sí... vive; y por eso he querido traerte á Madrid, porque reside aquí.

Florencio. Te escucho con ansiedad.

Aurora. En mi juventud, pobre huérfana, amé loca-

mente á un joven que estudiaba la carrera del sacerdocio; de aquel amor que tuvo algo de idilio y mucho de locura mística nació un niño...

Florencio. Que fuí yo...

Aurora. Sí, y ese niño no pudo ser reconocido, porque el padre, egoísta ó débil, olvidó á la madre para consagrarse á la Iglesia...

Florencio. Luego mi padre es...

Aurora. Sí, ministro de la religión católica; lo que quiere decir, muerto para la paternidad.

Florencio. ¿Y por qué no le olvidaste? Con una madre como tú no hace falta padre.

Aurora. Ha sido el único amor de mi vida... y tan ligado á tí quedó el recuerdo de su cariño que no he podido separarle. Yo he recorrido en mis artísticas campañas casi toda Europa y gran parte de América.., pues bien, mi pensamiento, mi alma estaba aquí en Madrid, donde vivía él, ó en París donde estudiabas tú. Yo sabía que en España es un imposible arrancar á un cura de su ministerio; que lo que en otros países resulta fácil, aquí es completamente atentatorio á la moral social y religiosa. Sin embargo, yo acaricié en mi mente esa idea; hacerle dejar los hábitos y cambiar el padre de almas por el padre de mi Florencio. Pero todo mi amor, todas mis energías se estrellaron en la barrera infranqueable... ¡Ya lo sabes! hace tres años he abandonado mi carrera para vivir solo de tu cariño filial, y no obstante, este pensamiento sigue horadando mi cerebro. Si he venido á Madrid, ha sido sólo por eso. Quiero verle... necesito saber que es de él... Llorando.

Florencio. ¡Madre! ¡Madre querida!

Aurora. Esta mañana he mandado buscar á mi buen amigo Melitón, al que en otros tiempos pedía noticias de tu padre, y le espero. ¡Ay, tuve un sueño tan horrible la otra noche!

Florencio. ¿Qué intentas?

Aurora. Primero saber de tu padre, y luego que ese amigo me sirva de mediador para atraerle

aquí y que os abrazéis. ¡Un abrazo... un solo abrazo; que yo viera al uno en brazos del otro y moriría feliz!

Florencio. Accedo á todo, si me prometes revestirte de ese valor que has tenido hasta ahora. Ya sabes que el médico ha prohibido las emociones intensas porque serían funestas. Animo, ánimo pues; vamos tomarás el calmante recetado por el doctor. *Levantándose.*

Aurora. Yo sola iré á tomarlo.

Florencio. Podías acostarte un poquito. Si viniese ese señor ya te llamaría. ¿Quieres?

Aurora. Sí, hijo mío: hasta luego. *Vase.*

ESCENA II

Florencio (hijo) y despues la doncella y Melitón

Florencio. ¡Infeliz madre mía! Si no conseguimos lo que deseas, me parece que la pierdo. Ese dolor en que se abisma su espíritu la conducirá en breve al sepulcro. ¡Qué coincidencia tan fatal! Sacerdote mi padre.. ese padre, á quien he amado en secreto y al que anhelaba encontrar en mi camino... Yo, el apasionado discípulo de los grandes maestros de la filosofía moderna... yo tengo por padre á un cura... cura, según dice mi madre fanático é intransigente... ¡Oh! quiero conocerle para saber si debo respetarle, compadecerle ó despreciarle. Quiero saber si es que ahora en el siglo XX se ha podido renovar el caso de los místicos del siglo XVI. Si efectivamente el hombre obsesionado por las elocubraciones del amor divino, se ha desligado noblemente de los lazos del mundo, ahogando en su corazón todo sentimiento que no sea inspirado por la Iglesia á que pertenece; ó si por el contrario, es solo un hipócrita ó un egoísta...

Doncella. Señorito, un señor pregunta por la mamá.

Florencio. Sin duda será ese amigo. Mejor será que hable yo solo antes con él. Dile que pase.
Melitón entrando queda sorprendido ante la presencia de Florencio.

Melitón. Por lo bajo. Es el retrato de su padre.

Florencio. ¿Con que usted ès el antiguo amigo de mi padre?

Melitón. Sin levantar la vista del suelo. Así es en verdad.

Florencio. Muy bien; yo deseo conocer y abrazar á mi padre, aunque él se niegue á darme su nombre.

Melitón. Con voz entrecortada. Eso no puede ser.

Florencio. ¿Por qué motivo?

Melitón. Los cánones... la religión de nuestra Santa Madre Iglesia... y otras causas que usted desconoce, han puesto una valla insuperable al abrazo que usted desea dar al autor de sus días.

Florencio. Levante usted esa frente, y si la religión que usted profesa le prohibe cambiar la mirada altiva con los hombres. las doctrinas que yo mantengo envían rayos de luz á las almas oprimidas. Descorra el velo de ese misterio, y dígame esos obstáculos que existen por los que yo no puedo abrazar á mi padre...

Melitón. Muy bajo. ¡Su padre ha muerto loco en un manicomio, pronunciando los nombres de su hijo y de Aurora!... Lloran ambos.

Florencio. ¡Oh justicia divina!... ¡Cuan bien cumples la ley de compensación!... Ya que no he podido abrazar á mi padre, iré á su sepultura á ponerle una cruz con la siguiente inscripción: «El hijo que no quisiste reconocer, te dedica este recuerdo». Lloran; pausa breve.

ESCENA III

Dichos y Aurora

Aurora. Entrando por la derecha. Mi buen Melitón... me lo había figurado que en cuanto recibiese

mi aviso vendría corriendo. ¡Pero qué conmovido está! llora... y mi hijo también. ¿Qué es ésto? ¡Hable, Melitón; Dios mío!

Florencio. Cálmate, mamá. Es... que el Sr. Melitón se ha impresionado mucho al verme, y además no trae buenas noticias.

Aurora. Melitón, quiero saberlo todo. ¿Qué es de Florencio?

Melitón. ¡Florencio está muy enfermo, Aurora!

Aurora. *Con voz degarradora.* ¡Nó, nó; Florencio ha muerto!

Florencio. ¡Madre. . madre mía!

Aurora. No tratéis de disimular. Lo sé todo. Melitón. ¡Florencio ha muerto en un manicomio!

Melitón. *Asustado.* ¡Aurora!

Aurora. Mi sueño. . mi horrible sueño de aquella noche Silencio; lo diré todo. *Muy despacio y con voz sorda.* Una celda estrecha .. un reclinatorio... por el suelo desparramados varios libros religiosos. ¡Sobre la cama revuelta por la última crisis de locura, descansaba su cadáver!... ¡El rostro demacrado, contraído por el horrible sufrimiento; entre las yertas manos un retrato: el de nuestro hijo!...

Melitón. *Aterrado.* ¡Santo Dios!

Florencio. ¿Pero es cierto?

Melitón. ¡Sí, sí; así lo encontraron!...

Aurora. *Como fuera de si.* ¡Oh! ¡Ya es mía su alma!... ¡El alma que me arrebató el dogma, me la devuelve Dios! La siento abrazada á la mía con más amor que nunca... ¡Florencio... Y tu hijo del alma! *Se arroja en brazo del hijo y estalla en sollozos.*

Florencio. ¡Madre, madre de mi vida, vuelve en tí!...

Melitón. Qué tremendo final; ya lo presentía yo... ¡Lo que mal empieza mal acaba!

Florencio. ¡Aún te queda tu hijo .. tu hijo que te adora, que no podrá vivir sin tí!... Revístete de valor para soportar esta desgracia!... ¡Qué haría yo sin mi madre. Necesito de tus consejos, necesito de esa clarividencia, conque Dios te ha dotado. para que ilumines el sendero de mi existencia. ¡Madre, madre mía!

Aurora. *Como si despertase de un sueño.* ¿Me llamas? ¡No me mires así, hijo mío!...

Melitón. Creo que también ésta ha perdido la razón. ¡Dios nos asista!

Aurora. Nunca mi corazón ha palpitado tan tranquilamente. *A Melitón dándole la mano.* Gracias, Melitón; ha sido usted para mí el mejor de los amigos y no lo olvidaré jamás.

Melitón. *Acongojado.* Me dá usted miedo, Aurora.

Aurora. No, amigo mío; no le asuste esta transición. Ahora me creo más feliz. El, no es ya de la tierra; su alma purificada por un gran sufrimiento se baña en una luz divina cuyos resplandores me llegan. Está aquí, está aquí con nosotros. ¿No veis mi dulce resignación? ¿Nada os dice este ambiente de paz que nos envuelve? Hijo mío, mi misión no ha terminado aún. No pude salvar á ese mártir que fué tu padre, pero hay muchos mártires por el mundo; hay muchos esclavos del fanatismo... y de las impías leyes sociales... muchos seres hambrientos de pan de libertad y de amor. ¡Trabajemos para ellos!...

Florencio. ¡Oh, la más santa de las madres! ¡Sí, mi corazón como el tuyo está dispuesto para ese apostolado del bien humano!... Vámonos de nuestra querida patria, cuyo cielo hermoso lo entenebrecen las nieblas del error!... Vámonos allá, á la libre América, y en aquel suelo fecundo ayudemos á los que siembran para el porvenir.

Aurora. Nuestra labor será grande, porque llevamos con nosotros dos poderosas fuerzas. ¡Mi capital y tú corazón de hombre nuevo!

Florencio. *Abrazándola.* La principal fuerza está en tí, madre adorada... en tí, que personificas la más bella esperanza de redención humana!.. ¡En tí que eres modelo de madres, y de mujer libre y digna!...

FIN DE LA OBRA

